daniel agra

MANIFIESTO

Ensueños de Teseracto

¿Cuánto de lo que miramos es realmente nuestro, y cuánto es el eco de imágenes, códigos y estructuras culturales que aprendimos a habitar antes incluso de saber que los habitábamos?

Ensueños de Teseracto nace de esa sospecha y le da cuerpo. El proyecto toma su nombre de una doble metáfora: la caja (el televisor, el dispositivo que durante décadas ha ido fabricando, fotograma a fotograma, nuestro imaginario colectivo), y el teseracto, el hipercubo de cuatro dimensiones cuya totalidad ningún ojo tridimensional logrará jamás abarcar de una sola mirada. De esa tensión geométrica nace el eje simbólico de la serie: la conciencia de la propia máquina, el instante preciso en que el aparato que nos observa y nos programa empieza también él a soñarse a sí mismo. La serie no ilustra esa idea, la desenvaina.

Para librar esa contienda Daniel Agra construye sus propias armas: filtros ópticos de desarrollo propio, instrumentos concebidos para desviar, fragmentar y refractar la mirada antes de que la imagen alcance a fijarse en la retina. No hay en ellos nada de ornamento, son un método de resistencia, una forma de subvertir el lenguaje visual desde dentro. Si la pantalla nos enseñó a mirar de frente, plana y sumisamente, estos filtros imponen un ángulo imposible, un pliegue que la imagen original no conocía, un modo de intuir, aunque sea a jirones, esa cuarta dimensión que la percepción cotidiana jamás fue entrenada para sostener. La fotografía deja entonces de documentar el aparato y se convierte en el intento de mirar a través de él, de colarse en su interior.

Ese desplazamiento tiene también una dimensión política, no la del discurso partidista, sino la de una reflexión sobre los mecanismos que construyen colectivamente la conciencia. La serie pone en duda la supuesta neutralidad de las imágenes que nos rodean y sugiere que nuestra percepción está, en parte, moldeada por un sistema cultural que aprendemos, repetimos y reproducimos sin someterlo jamás a examen. Los «ensueños» del título no hablan del sueño reparador, sino de ese estado intermedio, ni vigilia ni sueño, en el que transcurre buena parte de nuestra vida mediática, una duermevela narcotizada, saturada de estímulos, cada vez más incapaz de distinguir lo percibido de lo inducido.

La serie no promete una salida definitiva de ese estado, pero sí ofrece un primer gesto de lucidez: la sospecha de que el sueño que habitamos quizá no sea el nuestro. Sus imágenes se instalan deliberadamente entre lo reconocible y lo indeterminado, perturbando la percepción y convirtiendo la mirada pasiva del espectador en una experiencia activa frente a aquello que cree estar viendo.

Dentro de la trayectoria de fotografía abstracta y expandida del artista, Ensueños de Teseracto es una de sus indagaciones más explícitamente conceptuales: un ejercicio que excede el experimento fotográfico para convertirse en una propuesta sobre percepción, conciencia y libertad visual. Frente a otros cuerpos de su obra (enfrentados a la ciudad, al agua, a la materia arquitectónica), aquí la cámara se mide con un adversario más difuso y más íntimo: el del propio dispositivo que entrenó nuestra manera de mirar. La obra no aspira a mostrar lo que hay detrás de la imagen, sino a cuestionar el modo en que aprendimos a mirar la imagen misma. La abstracción, una vez más, no es fuga sino herramienta de conocimiento: la de fragmentar la imagen impuesta y sobre todo empezar a pensar por cuenta propia.

Ensueños de Teseracto es una invitación incómoda: despertar de un sueño que tal vez nunca elegimos soñar. No ofrece certezas ni promete un método de fuga, sino una grieta: la del reconocimiento de que toda imagen que se nos entrega como espejo del mundo es también un instrumento de poder, y la convicción de que mirar de otro modo, oblicuo, fragmentado, consciente de su propia distorsión, sigue siendo todavía una forma legítima de libertad.